

noslo en todos sus pormenores. San Galicano se compone de dos grandes salas colocadas en la misma línea, una para hombres, cuya longitud es de 360 palmos; otra para mujeres, cuya longitud es de 240 palmos; están separadas por una iglesia cuadrangular, que tiene en uno de sus lados una puerta á la calle; los otros tres lados se terminan con altares. Anchas ventanas bien perforadas, una en frente de otra, iluminan y refrescan las salas; en el exterior hay un balcon cuyas puertas pueden abrirse y cerrarse fácilmente sin molestar á los enfermos. La sala de hombres puede contener ciento veinte lechos; la de mujeres ochenta y ocho. De las salas, atendidas con exquisita limpieza, pasamos al hermoso anfiteatro con que Leon XII enriqueció el establecimiento. Allí los útiles para preparaciones anatómicas, seis tinas de mármol para baños, una rica botica, un laboratorio y una sala de operaciones aseguran á los médicos todos los cuidados que pueden apetecer.

En su previsora solicitud ha arreglado Benedicto XIII las condiciones de admisión. Los enfermos que tienen á la vez sarna y tiña, ó lepra con calentura, son admitidos al punto, cualesquiera que sean su nombre, su país, su religion; los que tienen enfermedades cutáneas sin calentura, van allí á que se les atiende todos los días, si viven en Roma; si van de fuera, son recibidos con orden de los superiores; más no se limita á esto la caridad romana. Se ha observado que la tiña nace principalmente de la suciedad de la cabeza y se encuentra comunmente entre los niños de la clase pobre. Aunque no tengan calentura se les admite en el hospicio hasta que sanan; éstos forman allí casa aparte. Todas las mañanas asisten á la misa con los otros enfermos; se les cura en seguida y despues se les lleva á la escuela. Tienen un refectorio general, y por dormitorio la magní-

fica sala de Benedicto XIV. Durante el día, pueden pasearse en los corredores interiores y aun salir todos juntos. Las niñas viven del mismo modo en su departamento. Un consejo de tres miembros gobierna el hospital; un prior eclesiástico dirige á los hombres; las mujeres están confiadas á las Hermanas hospitalarias que tienen su noviciado en la casa. Dos capellanes y dos confesores están encargados de los cuidados espirituales; en cuanto á los del cuerpo, tenéis un médico en jefe, un asistente interno, un cirujano que da el curso de anatomía y dos sustitutos.

5 DE FEBRERO.

Caridad romana con los enfermos que necesitan socorros pronto.—Hospicio de Santa María del Consuelo,—de los *Benfratelli*;—con los enfermos crónicos,—con los que no necesitan remedios ó cuidados domésticos, las visitas y la Limosnería apostólicas.

Cada pueblo tiene sus defectos particulares; el Romano es como los demás. La deplorable costumbre de pelear con cuchillo, parece natural en el pueblo italiano, como en las otras naciones meridionales. He visto á un frances y á un romano reunir por algunas piezas de dinero. En su impaciencia, nuestro compatriota decía: "Yo te pagaré á bastonazos." El romano, pálido de colera, le respondió friamente: "Y yo con el cuchillo." "Ed io con cottello." Los "pillos," en la calle, recurren á esta arma, á propósito de todo y á propósito de nada. Prevenir por todos los medios semejantes excesos, y si no puede impedirlos, curar al ménos sus tristes consecuencias, tal es el deber de un buen gobierno; así lo entiende Roma. Más tarde diremos lo que hace para destruir el abuso que ahora notamos; el orden de nuestras expediciones quiere que hablemos hoy del remedio que le prepara.

Cuando bajais al Velabro, se os enseña, no léjos de la roca Tarpeya, un hospital en donde brilla el orden, la limpieza y la elegancia. Si preguntais el nombre, os responderán: "Este es el hospital de Santa María del Consuelo;" y bendecireis al génio católico, único capaz de dar á los asilos del dolor nombres tan graciosos y tan dulces. Por otra parte, la augusta Virgen no hace olvidar á la heroína que en otro tiempo consagró aquellos lugares por el ejercicio de la más admirable caridad. "Aquí es, os dirá el hombre del pueblo, donde una noble matrona, hija de Símaco, patricio y senador romano, tenia la costumbre de dar de comer á doce pobres; y se llamaba Santa Galla. Ella consagró, como sierva de los pobres, su fortuna á sus amos; su casa fué la de ellos; restaurada y engrandecida por los Pontífices, ha llegado á ser con el tiempo el hospital que veis."

Está destinada al tratamiento de las heridas, fracturas, contusiones y todos los males que exigen el pronto socorro de la cirugía. Se divide en dos salas paralelas, amplias, limpias y perfectamente ventiladas; una para hombres y otra para mujeres, y pueden contener ciento cincuenta y seis lechos. Raras veces se ocupan todos, si no es en el Carnaval y en Octubre, cuando el pueblo se abandona sin freno á sus alegrías siempre locas y las más veces sangrientas. Todos los días se presentan heridos, á quienes se cuidan gratuitamente; despues que se curan se les vuelve á sus casas, ó bien se les da un lecho, si es necesario. Diez hombres del arte, tanto cirujanos como médicos y estudiantes, permanecen en el hospital, con el fin de que no se demore la aplicacion de los remedios.

Pero segun su loable costumbre, la caridad romana se ocupa sobre todo de la salud del alma; y cuántas armas homici-

das no ha hecho caer de manos de los desgraciados que tal vez solo esperaban verse sanos de sus heridas para perpetrar su venganza! Tres sacerdotes hay allí día y noche para asistir á los enfermos; además, veis llegar piadosas cofradías que van á visitarles, á instruirles, á alegrarles con dulzura. ¿Ha herido la muerte alguna víctima? Pues hay buenos hermanos que entrarán, al caer la noche, á la capilla fúnebre y sepultarán el cuerpo y le llevarán en oracion á su última morada. 1

Una corta distancia nos separaba de la isla del Týber; allí nos llamaba una nueva obra no ménos bella que las anteriores; esta es el hospital administrado por los hermanos de San Juan de Dios, conocidos vulgarmente bajo el nombre de "Benfratelli." Este establecimiento, fundado en 1581, se compone de dos salas amplias, bien iluminadas y ventiladas, que pueden contener ambas setenta y cuatro lechos. Allí son atendidos los hombres solos, atacados de enfermedades agudas. Allí son trasladados los sacerdotes pobres que no pueden recibir en su casa los socorros necesarios. Exceptuando al médico en jefe, que pasa la visita dos veces al día, todos los enfermos son religiosos que alternativamente velan á los enfermos y les asisten con una caridad extrema. El superior mismo busca con empeño los servicios más bajos y da ejemplo á todos. Por una perfeccion desconocida aún en nuestras órdenes francesas, por otra parte muy desinteresadas, aquellos religiosos, además de los votos solemnes de castidad, de pobreza y de obediencia, hacen el de cuidar á los enfermos. Casi todos son legos; solo algunos reciben el sacerdocio, á fin de aplicarse á la curacion de las almas. Como hermanos de los pobres enfermos, participan de sus alimentos; la misma cocina

1 Constanzi, t. I, p. 73.

sirve para unos y para otros. Con el fin de que los enfermos beban del agua más pura, se va por ella á la fuente Trevi, llamada virginal, y ya conocida por la mejor desde el tiempo de los Romanos. No debo olvidar que la Francia mantiene en el hospital de los Benfratelli dos lechos para franceses pobres, siendo el gasto de un franco trece céntimos por día.

Aunque el dolor, pronto como el buitre, ataque al hijo de Adán con la rapidez del relámpago, Roma no será sorprendida; Santa María del Consuelo es una prueba de esto. Aunque la enfermedad, semejante á la serpiente del desierto, enlace al hombre en sus innumerables pliegues, y no le conduzca á la muerte sino despues de largos y crueles tormentos, Roma encontrará todavía los medios de arrancarle, ó al ménos consolar á sus víctimas. Aunque la mayor parte de los hospitales reciben las enfermedades crónicas, sin embargo, la falta de un lugar especial para cuidarles, ha hecho nacer la feliz idea de establecer en Roma Hermanas de la caridad. La orden se compone de mujeres viudas, de casadas ó de solteras, de condicion honesta y de más de cuarenta años. Las parroquias en donde están establecidas obran separadamente; pero en caso de necesidad, se auxilian unas á otras por préstamos recíprocos de personas y de dinero. El cura es el primer superior y tiene el título de director; la priora es la primera entre todas las religiosas. Cuando aparece en alguna parroquia un enfermo crónico, por ejemplo, apoplético, ó de otro género, el cura advierte de ello á las Hermanas, quienes van á visitarle dos veces por semana, le dan una media libra de carne por día, pagan el médico, los remedios y el cirujano, suministran cama y ropa necesarias, y en fin, no le dejan sino hasta despues de su muerte ó cuando ya está sano. No se podría decir con qué ca-

ridad tan ardiente asisten á los enfermos aquellas buenas Hermanas, sirviéndoles día y noche, si es necesario. ¿Qué dirán los Fábios y los Scipiones, si reapareciendo en Roma, viesen á sus esposas y á sus hijas convertidas en sirvientas de aquellos pobres á quienes su orgullo apénas se dignaba mirar, y á quienes su crueldad hacia morir de hambre en la isla del Tíber? ¿Dudarían de la bondad, y por consiguiente de la divinidad de la religion, que ha producido semejante cambio en las costumbres del universo?

Los recursos de la sociedad se componen de contribuciones mensuales ó anuales. Cada parroquia tiene su caja especial; pero en caso necesario, socorre á las demas. ¡Plegue á Dios que los ángeles de la caridad lleguen á ser tan numerosos que se extiendan en las cincuenta y cuatro parroquias de Roma! 1

Hay otra enfermedad frecuentemente crónica y más frecuentemente incurable, cuyo tratamiento exige cuidados particulares; quiero hablar de la demencia. De todas las capitales, Roma es aquella en que la locura hace ménos víctimas; ya he indicado la causa. Además, en este punto, como en otro, se ha mostrado generosamente previsora, y quisimos ver su obra. Llegamos á la "Longora," y entramos al hospital de "Santa María de la Piedad, de los pobres locos." Hé ahí todavía uno de esos nombres que revelan elocuentemente el corazón maternal de Roma cristiana. El hospicio data de 1548, y no conozco ciudad en Europa que haya tenido uno ántes de esta fecha. El de Roma fué fundado por tres españoles: Fernando Ruiz, Diego y Angel Bruno. Parece, por consiguiente, que se puede hacer honor á San Juan de Dios, español también, y cuya caridad hácia los enagenados habia traído desde luego la compasión de sus

1 Morich, p. 82.

compatriotas con esa clase de desgraciados. Como quiera que sea, el cardenal Quera, español, fué el primer protector del hospicio de Roma, y San Carlos Borromeo su magnífico bienhechor. El edificio se compone de dos patios cuadrangulares, alrededor de los cuales, en los pisos superiores, están los dormitorios, y en el piso inferior los refectorios, la cocina, los baños y la capilla.

Se admiten gratuitamente los pobres de Roma; los que pertenecen á otras partes son mantenidos allí mediante una pensión anual de cien escudos. El alimento es muy bueno y el tratamiento muy suave; la camisa y los lechos de fuerza son los únicos medios que se oponen á la violencia de los furiosos. Santa María de la Piedad cuenta cerca de 370 enagenados; así como en el resto de la Europa, allí están las mujeres en una proporción inferior á la de los hombres. Esta observación, unida á muchas otras, establece que el exceso de las pasiones, las ambiciones engañadas, sobre todo la debilidad en la fe, son las causas principales del aumento general de la locura. Sobre cien casos de demencia, ochenta son debidos al desarreglo de las pasiones. "Mientras ménos fe hay en un pueblo, hay más locos;" tal es la fórmula que resume todas las investigaciones de la ciencia; aviso á los gobiernos, á las familias, á los individuos.

Hemos visto lo que la caridad hace con los enfermos que son admitidos en los hospitales. ¡Pero cuántos desgraciados hay para quienes el alejamiento de sus familias, la ausencia de su país, por corta que sea, se convierte en un tormento insuperable! ¡cuántos otros también, que rodeados de atentos cuidados, solo tienen necesidad de medicamentos! Roma, buena y tierna como una madre, respeta los afectos del pobre; se le mandarán á su casa los remedios necesarios y tendrá el consuelo de ver

se sano ó de morir en medio de los suyos. Esta delicada atención de la caridad romana se personifica en el excelente pontífice Inocencio XII. El fué el primero que dió á la Limosnería apostólica su existencia actual. ¡Admirable institución! que extiende sus beneficios por la ciudad entera, y que está dividida en once secciones, llamadas "visitas."

Cada visita abraza dos, tres, cuatro ó cinco parroquias. Once eclesiásticos, venerables por sus virtudes y por su caridad, presiden las visitas y se llaman "visitadores." Cada una de ellas tiene su médico y su cirujano; además, un médico inspector va frecuentemente á revisar los actos de sus colegas y la calidad de los remedios. Tres cirujanos "litotomistas" 1 y diez farmacéuticos completan el personal y las dependencias de la obra. Cuando un enfermo reclama los cuidados de la Limosnería, manda prevenir á su cura y éste envía un billete de aviso á la botica. El médico pasa allí todas las mañanas, encuentra el billete con la dirección del enfermo y va á visitarle. Si la enfermedad tiene un carácter demasiado grave para ser atendida en el domicilio, ó si el enfermo carece de los útiles necesarios, se le lleva, á expensas de la Limosnería, á un hospicio. Ordinariamente así son cuidadas en sus casas las personas que pertenecen á familias distinguidas, pero pobres, y que se avergonzarían de confundirse con el pueblo en la sala pública de un hospital; este es un nuevo rasgo de delicadeza de la caridad romana. Lo siguiente prueba su generosidad: algunos castillos y aldeas de las cercanías de Roma tienen sus hospitales particulares; si en los lugares en que faltan los socorros necesarios, se encuentra algun enfermo, la Limosnería lo manda trasladar á los hospicios de Roma. La

1 Que se dedican especialmente á la operación de la talla.

Dataria apostólica consagra á esta buena obra cerca de siete mil escudos anuales.

6 DE FEBRERO.

Caridad romana con el convaleciente.—Con el pobre que sana.—Trabajos públicos.—Socorros particulares.—Limosnería apostólica.

Durante los tres primeros siglos, se pudo seguir la religion cristiana por las huellas de su sangre y distinguirla así de las sectas extranjeras. Hoy se la pueda reconocer todavía por el carácter incomunicable de sus obras. Hace ocho días la seguimos en la gran Roma por el rastro de sus beneficios, y nuestra expedicion no estaba terminada. Los cuidados maternales con que la caridad rodea al hombre en la cuna y en su lecho de dolor nos eran conocidos; pero si el pobre enfermo vuelve á la salud ¿será arrojado á la calle y abandonado á sí mismo tan luego como sus fuerzas, imperfectamente restablecidas le permitan dirigirse á su morada? Así sucede en la mayor parte de las naciones civilizadas; Roma observa otra conducta. Es verdad que el enfermo está en convalecencia, pero está todavía débil, no puede ganar su pan de cada día y un trabajo demasiado pronto puede ocasionarle funestas recaídas; el tiempo, un alimento sano y abundante y un aire puro, son las únicas cosas que pueden devolverle su vigor primitivo.

“Y hé ahí, dice M. de Fournon, cómo la caridad romana, con una mano tan liberal, cria establecimientos en donde los enfermos encuentran socoros; y completa luego su obra con una fundacion que deben envidiar todas nuestras grandes ciudades. En los bordes del Tiber se levanta un vasto y hermoso edificio, destinado á los convalecientes, es decir, á aquellos que en los hospitales han llegado á un

punto en que los remedios son útiles y en que un aire puro, un alimento sano, la falta de trabajos y de penas domésticas, son los únicos cuidados. El convaleciente recibido en la “Casa della Santísima Trinidad de Pellegrini,” de la Santísima Trinidad de los Peregrinos, lejos de las imágenes fúnebres que en los hospitales asedian su lecho, abre allí su corazón á la esperanza y á la alegría, y poco despues la sociedad le vuelve á ver en un estado de salud sólida y listo para serla útil” 1.

Un santo fué el primero que tuvo el pensamiento de este establecimiento. Movido de compasion al ver salir de los hospitales á hombres apenas levantados de la enfermedad, extenuados, lánguidos, privados todavía de las fuerzas necesarias para el trabajo, púsose San Felipe Neri á recogerles en la casa que le dió generosamente la noble dama Elena Orsini en las Termas de Agripina. Allí les guardaba hasta que hubiesen recobrado sus fuerzas y estuviesen capaces de trabajar; esto pasaba en 1551. La liberalidad de los soberanos Pontífices aumentó de tal modo la casa primitiva, que ha llegado á ser el magnífico hospicio de los peregrinos y de los convalecientes. Cuando ya un enfermo debe ser despido del hospital, vereis venir una carroza que se detiene en sus umbrales, á ella sube el enfermo y aquel hijo de la caridad es llevado, como un gran personaje, á una soberbia morada. Todos los hospitales de Roma tienen un carruaje semejante destinado al mismo uso. Aquellos enfermos son recibidos con cuidado por los cofrades, y se les guarda hasta que están enteramente restablecidos. Su alimento consiste: por la mañana en un caldo y una onza y media de pan; en el almuerzo, una sopa, diez onzas de pan, seis de carne, un poco de vino y fruta; en la comida, una

1 Estudios estadísticos, t. II, p. 118.

sopa, tres onzas de carne, seis de pan, una ensalada y vino.

Un médico visita todos los días el establecimiento; si el convaleciente siente una recaída, se le traslada de nuevo al hospital ó bien se le conserva en el hospicio, cuando no está en estado de soportar la traslacion. El número medio de los convalecientes es de cerca de setenta 1. No daré aquí la descripción del hospital; la reservo para el día que vengamos á hacer nuestra visita á los peregrinos.

Ved ahí ya al enfermo perfectamente curado; ya puede con confianza volver al seno de su familia. Pero para vivir necesita trabajo, y ¿quién sabe si lo encontrará? La caridad no ha querido dejarle esta cruel inquietud. Roma tan inteligente como generosa, ha comprendido, y acaso es la primera, que la limosna más útil para el pobre válido es la del trabajo. De esta máxima tan querida para los economistas modernos, ved su magnífica aplicacion en la ciudad de los pontífices. Tratándose de trabajos públicos, Roma cristiana rivaliza con las capitales de la Europa, ó más bien, las excede á todas. Los Papas han emprendido obras seculares no solamente para difundir en su ciudad la gloria y el esplendor, sino tambien para ofrecer á los pobres desocupados un medio de provecho y de consuelo. Tal fué en particular el objeto de Sixto V, de Inocencio XII, de Pio VI, de Pio VII, en sus inmortales empresas. Aunque pobre, Gregorio XVI consagra á este objeto una suma anual de 33,293 escudos 2.

Los obreros son comúnmente en número de seiscientos; se les dan por día doce bayocos y un pan. Con el fin de impedir la mala conducta ó la pereza, se despide á aquel que falta tres veces consecutivamente. La administracion se compone de dos

1 Morich., p. 80.

2 Morich., 17 y 174.

inspectores, de ocho vigilantes y treinta y dos cabos, de algunos oficinistas y guardianes, quienes todos, ménos los inspectores, se eligen entre los obreros mismos. Durante nuestra permanencia en Roma, estaban ocupados los pobres en las excavaciones del Forum; los ancianos quitaban la yerba de la Vía Sacra ó limpiaban los fosos del Palatino; otros eran empleados en la edificacion de San Pablo extra-muros, y cerca de setenta en las fraguas de Tívoli. Es bueno observar que todos los trabajos públicos de conservacion, de limpieza y de construcciones romanas aprovechan á la Europa entera; cada año millares de sabios y de artistas van á estudiarlas, y si hay algo que admirar, es que pocos piesen en bendecir la mano, dos veces bienhechora, que llevó á cabo aquellas útiles obras.

Apesar de su buena voluntad, puede suceder que el obrero no pueda con su labor subvenir á las necesidades de su familia. La caridad romana viene entónces en su ayuda y resuelve de la manera más liberal este temible problema de las sociedades modernas: la abundancia de los unos supe, en justos límites, la indigencia de los otros. Seria largo nombrar en pormenor todas las obras caritativas que tienen por objeto los socoros que se dan en la casa del que los necesita. Diré solamente que á la persona del soberano Pontífice está afecto un prelado encargado de distribuir las limosnas del padre comun. La institucion de un limosnero secreto, “elemosiniere secreto,” del Papa se remonta al siglo sétimo, bajo el pontificado de Conon. El ejemplo del Santo Padre fué imitado por los reyes y los príncipes cristianos; pero Roma tiene la gloria de la iniciativa. El limosnero apostólico habita el Vaticano, en donde se encuentra su secretaria, sus archivos y sus cuentas. Acompaña siempre al Santo Padre como miembro íntimo de la familia pontificia, ya